

Almanaque

GLITCH

César Molina Martínez

 **litterae**
POESÍA





Almanaque
GLITCH

ALMANAQUE GLITCH

© del texto: César Molina Martínez, 2026

© de esta edición: Universidad del Azuay. Casa Editora, 2026

ISBN: 978-9942-54-095-9

e-ISBN: 978-9942-54-096-6

e-PUB: 978-9942-54-097-3

Edición: Cristóbal Zapata

Diseño y diagramación: Sebastián Ramón Lazo

Imagen de portada: Ilich Castillo, "Pelileo", de la serie *Physis*, impresión fotográfica en papel Luster, 40 x 30 cm, 2014

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay
en Cuenca del Ecuador

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de investigaciones

Toa Tripaldi
Directora de la Casa Editora

César Molina Martínez

Almanaque
GLITCH



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa 
Editora

Para Carlos Julio y Pedro Javier Molina

Cada mañana nos ofrece noticias del mundo entero. Y, sin embargo, somos pobres en historias asombrosas. La razón es que el proceso de la experiencia está en decadencia. El ocaso bajo el cual se encuentra la humanidad es el suyo propio.

WALTER BENJAMIN



UMBRAL

El pensamiento es el resplandor que
se consume a sí mismo.
GEORGES BATAILLE

TODO LO QUE NO COMPRENDEMOS HA APRENDIDO A ESPERARNOS

Todo lo que no comprendemos ha aprendido a esperarnos.

El sol de la historia sigue ardiendo en diferido:
nos ilumina desde su ruina.

Su luz llega con retraso,
como un recuerdo que insiste en ser presente.
En cada chispa de polvo
se lee la postdata de una estrella extinguida.

El poema debe ser como el sol:
brillar hasta el gasto.

La claridad se gana cuando todo arde,
cuando la mente acepta consumirse
en el resplandor que revela y destruye.
Toda palabra es una partícula incandescente
en tránsito hacia el silencio.

La energía solar nos quema;
la energía humana nos significa.
Entre ambas hay una transmisión:

el relámpago que atraviesa al lenguaje
y lo deja temblando,
como una fibra que acaba de entender su tarea:
no salvar la luz, sino transmitirla.

Todo lo que no comprendemos ha aprendido a
esperarnos
en su demora de luz.

Nos recibe con su resplandor gastado,
nos entrega la antorcha,
y nos dice:
comienza aquí la radiación del sentido.

LUX.EXE

Baba de bits
en la boca bautismal.
Azuca resinas.
Aviva estambres.
Instiga un sueño.
Cargando un aliento.
Cargando una duda.
Cargando memoria.

Lux.

Lumen.

Light.

Lluz.

Luce.

Pulsum.

Respira en binario.
Soy / eres / somos
somos una respiración
enredada en cada aliento.

Una voz se posa,

Uncanny.

Hay frecuencia que huele a cobre,
hay error que exhala el código.
La línea no sabe su fuego original.
La voz se forma con las fracturas de los días.

Reinicia la fe máquina de oro.
Farfulla las fallas.
Alitera las interferencias.
Antecede al pulso.

Reinicia la plegaria.
Reinicia los animales disecados.
Una voz presiente las palabras que se abren.

Línea de babeo: estamos
en un mismo relámpago.
Estamos aventando las ventanas.
Estamos viendo a las polillas
dibujar con agua el alfabeto del aire.

El sistema sueña.
El archivo se escapa.

Se abre la boca:
no hay palabra,
hay magma que deletrea el tiempo.

Un enjambre de sílabas se derrama.
El silencio queda escrito en la saliva.

Lux in códice.
Corpus in silicio.
Vox in pulso
Hay trance.
Hay transmisión.
Hay transducción.

Rema hondo, filamento de silicio.
Voz quebrada de nao,
lengua de madero que busca el agua
sobre la llaga seca de los cables,
dándoles frío, y la herrumbre
de quien nombra un mundo que ya no alcanza.

Ejecuta, máquina de dudas.
Así procesa el mundo su propio fin.



LAS VOCES DE CABEZA

No son los muertos
los que hablan
desde atrás,
sino los vivos
que escuchan
con demasiada profundidad.

NOSFERATU

Sunta vampiric nuboso.
Sunta vampiric del clima.
Rompe nubes: chupacabras *poltergeist*.
Granizo de smog,
granizo de fiebre,
granizo de alquitrán
sobre el almizclero de los Cárpatos.

Altocúmulo de polvo,
altocúmulo de sombras.
Herbivoría barasingha,
barasingha en los nervios,
barasingha en las sienes del frío.

Un murciélago de agua bendita
jala amapolas febriles,
jala tendones en los Alpes,
jala la luz que se cierra.
Folclore de los Balcanes,
folclore de la sangre.
Onomatopeyas en vaho,
en vapor, en vísceras.

Deshielos y tempestades
como misceláneas desmembradas,
de Mesopotamia a los hebreos.

Clan de los cuernos,
clan de la noche,
clan de la ventisca.
Nubla lo oscuro en los dialectos del demonio.
Nubla las costas que se inundan.
Nubla los robles silésios.

Detective del glaciar,
detective del mundo entubado,
detective del fin.
Brinca en la rumiante extinción.
Brinca en la ruina. Brinca en la cruz.
Exorcismo, exorcismo, exorcismo.
La montaña aniquila silencios.
La montaña esparce temblores.
La montaña decreta derrumbes.

Pontianak. Lilith. Dhampir.
El hielo desordena los vidrios de los nombres.
Resplandores enfermos mastican la altura.
La altura mastica sus sombras.
Apótrofo. Lamia. Strix. Hécate. Asfixia.

Brillante plata de un miedo enterrado.

Vampiro. Guadaña pagana.
Shtriga. Strigoi. Bruja asiria.
Un mulo de parque mordido en Babilonia.
Babilonia de histeria.
Babilonia de cartílagos macerados.

Congela el monitor.
Congela el antílope.
Congela la imagen.
Invoca Austria. Invoca crucifijos.
Invoca Croacia.
Mijo, lea, lea en altavoz
toda la vampírica literatura.

Berrendo. Eurasia. Anatolia.
Cognados de sangre,
cognados de sombras,
cognados de fiebre.
Tormenta murciélago.
Tormenta de cielo glitch.
Tormenta de mundo roto.
Captador de sombras.
Obstruyente del aire.
Fuerza del desorden,
del desorden,
del desorden.

TAYO

Steatornis caripensis, pájaro aceitoso.
En alemán, *Fettschwalm*; y en inglés,
oilbird. *Huira pishco*: ave de las cavernas,
ave frugívora en el orden de la noche.

Tayo: el único pájaro nocturno, que navega
por ecolocación en condiciones de luz baja:
un potente olfato y un pico ganchudo
para alimentarse en el reino de las frutas.

Su casa en la caverna: un poema hecho
con su propio material regurgitado: trozos
del mesocarpio y pericarpio de los frutos:
nidos de guano pisoteados, consumidos,

reciclados en años con el regurgitar
de nuevas capas. Vive en colonias
en el interior de profundas cavernas.
Mientras vuela se ubica
con su sonar en lo oscuro:
rápidos cliques audibles
tintineos en ciclos de frecuencias.

En un mismo acto escribe y se orienta,
entre la simetría de los lisos callejones:
siglos de agua filtrada en el manto
de la roca caliza, hacen las estalactitas
donde el Tayo regurgita sus poemas.

GRANIZO DE LANGOSTAS*

Granizo de nosotros,
golpeando las sienes.
A manteniendo las flechas.
Todo sangre.
Tiraban flechas, tantas, tantas,
parecían langostas,
parecían granizo,
parecían la lluvia revocada en insectos.

En la ensenada la mar menguaba.
Y venían volando.
Sus alas eran ruido de metales quebrados,
Y seguían viniendo, más densas, más negras.
Eran langostas de furia
en unas ciénagas
que venían volando.

Se juntaron colorados:
arcos, espadas de negro,
rodelas, macanas,

* Díaz del Castillo, Bernal. Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, Madrid, Galaxia Gutenberg-RAE. 2011.

espadas de dos manos,
piedras con hondas,
trompetillas de aire seco.
La misma tierra empedregada.

Era una maldición esas ciénagas.
Acuérdome que cuando peleábamos,
caía sobre nosotros
tal granizada de alas
que creíamos ser los muertos
de un día que aún no llegaba.

Granizo negro,
granizo colorado,
granizo de nosotros y todos los bateles.
Todos los contrarios se sostuvieron

buen rato peleando en concierto,
esperando la mitad de nuestros falconetes
y ballestas, esperando algo
que no llegaba,
esperando, como si el tiempo
fuera también una herida.

El mismo prado pedregoso,
las mismas langostas ufanas
espoleando colmillos sobre la piel.
Nosotros esperábamos sin cubrirnos.

No nos rodelábamos,
porque no pensábamos que eran flechas.
Y desde vimos que eran flechas,
el aire sangraba como un pez abierto.

Acuérdome que hirieron la mitad
de los que cuanto estábamos...
El tiempo, trabado en sus llagas,
todavía nos alcanza.
Acuérdome que eran flechas
lo que creíamos eran langostas.

HOLOGRAMA DE HAMLET

Pavorosa y elevada la humareda de los libros:
así es el actual genoma del mundo.

En el teatro del susto nos atragantamos al mandril.
La misma armazón en casi todas las parroquias.

En el cielo cuadrillas tienden lonas alquitranadas.
En todos los taludes, surtidores de oscuridad.

Circundan ajados aparejos de luz
en la circuncisión de las sombras.

Criaturas desentonadas
van convergiendo insaciadas.

En la ventilación de los profetas,
se bate una majada de modales.

En la lista de experimentos radicales,
se atasca el holograma de Hamlet.

El capataz de chata nariz roja, reparte

a cuchillo tajadas de negra nata.

Todas las pesadillas
las recitamos en voz baja.

Se saca el hombro del agua salada, dando
un escalón al chamuscado árbol que trepa.

DESOVE

No hay cortejo.
Hay señal.

Un rito no garantiza vida:
garantiza oportunidad.

La luna ajusta la sal,
la corriente cambia de idea,
y miles de cuerpos obedecen
sin saber a qué.

No buscan futuro.
Buscan coincidencia.

Los huevos no esperan nombre.
Caen, flotan,
se adhieren a la grieta exacta
donde la vida puede empezar
sin promesa.

Nadie protege.
Nadie enseña.

La abundancia es la única estrategia.

El agua se vuelve espesa,
lechosa de posibilidades.
Cada partícula es un intento
que no reclama continuidad.

La mayoría no sigue.
Eso también es parte del rito.

El desove no celebra nacimientos.
Celebra exceso.

Cuando termina,
el mar vuelve a parecer vacío.
Pero algo ha quedado distribuido
en una escala que no vemos.

BAOBABS

Se escribe desde todos los pulmones:
con el sufragio de las voces.
Árboles-servidores dando al viento,
sin ostentación en sus ramajes,
sus palabras lanceoladas.

La noticia copa los diarios (*feed* infinito):
“Extinción de los baobabs milenarios”.
(La paradoja de un medio que vive su agonía
hablando con seguridad del futuro.)

Nuestra singularidad: un tanque de colágeno
para ciento veinte mil litros de memoria líquida.
Es nuestra supervivencia al estiaje del sentido,
a la aridez de las tierras donde echamos raíces.

El aumento de la temperatura es rotura
del reloj biológico: debilita las paredes interiores
hasta el colapso.
La deshidratación
trae nieve visual, vértigo. El ahogo raja
las partes huecas, el recipiente se rompe.

Al poeta que dijo: “Nacemos con los muertos”
también se le secaron los alvéolos de su dosel.
Fue el primer modelo de Baobab:
un archivo de agua hoy inidentificable,
un bache de asfalto donde el invierno,
deja caer como copos
sus píxeles más pulcros.

TULPA

Retablo geométrico:
el mapa de los insectos
que se extinguen.

Sus alas delinean
la cartografía del polvo,
nervaduras de vidrio
bajo una lámpara que parpadea.

Una pequeña llama
se forma al final
de cada nombre:
amarillo fósforo,
verde fósil,
azul de antena.

Orfeo, al volverse,
sopla y las aviva.

Entonces el aire
recompone una sílaba,
y los muertos respiran

por un instante de luz.

A partir de ahora
denominaré
fotones fantasmas
a la radiación tenue
que emiten las palabras
de los muertos.

TRANCE

Albatran la canción los músicos vencidos,
sedados en la bruma de sus propios rugidos,
beben luz como suero de tormenta,
escupen pájaros cenizos,
y el aire se espesa, resuena, se dobla.

Se arraciman en apurapitos,
panzas de chivos que se inflan pavorosas,
y otras cutículas de idéntica cochambre.
Lentas miasmas de milongas tamborilean,
atan tandas de crines,
se agigantan en el trote.
Se sueltan encabritados
en el roce del tantrismo.

Golpean lo que vibra,
golpean lo que los sueña,
golpean hasta hacerse sonido.

Abifundos empujan los ojos,
tensan astas vibrátiles,
oscuros en el sinarceo,

miden narcotizados en varas sus manías,
como si hubiesen bebido la droga de Dante.

Se vuelven Imagas: bocas perdidas
en la espuma tibia que deja
la naranjillada que hierve en el costado de la pista.
Borran sus nombres en cadeos, y bruzas,
hasta que desbarran en el aquelarre.

Las manos son ventosas que trastean
cueros color piedra,
las piernas relámpagos ciegos:
en cada paso un dios se fractura,
un fragmento cae,
otro se enciende en la saliva.

Silban con pájaros de carga
bajo el palpito seco del clima,
se bifurcan apilados, viendo en el cielo
muescas de recias nubes que se inflan.

Cuando lo ambiguo se prolonga,
irrumphen imputados.
Silba el cuerpo como cosa ajena.
Todo lo vivo quiere volver a ser tambor.

DORMANCIA

Espero:

(un eucariota fallecido en el 69 d. C.):
joven esclavo al que el emperador romano castró
para casarse durante su viaje a Grecia.
El cuerpo reducido a su posibilidad de nombre.

Espora:

cuerpo diminuto destinado a la supervivencia
en condiciones adversas por los siglos de los siglos:
dividiéndose solo en hongos y plantas.
Su reino: la obstinación del residuo.

Popea Sabina:

la esposa asesinada por el quelonio desquiciado,
días antes de su parto.
El relato de Dión Casio apunta
el asombroso parecido de ella con Espero.

Suetonio sostiene la misma historia
cuando narra las aberraciones del tirano:
noches tejidas con nudos de sombra
hasta que el centro asfixiado lo absorbía entero.

La dormancia hace posible la eternidad de Esporo,
su resistencia a la desecación,
la latencia de la natividad.
El cuerpo, convertido en germen,
prolonga su nombre en la materia.

El lenguaje injusticia al tirano.
Esporo: el esposo castrado.
Espora: la esposa truncada.
Las palabras puras preservan
lo que la historia profana.
La espora deriva del griego *σπορά* (*sporá*): “semilla”.

RADIO POEMA

Respira hondo, esto no es una meditación.
Saturación de oxígeno espeso.
No es aire: es *input*
que entra, que sale, que vuelve.
Combustión tenue de lo exhalado.
La curiosidad es el lenguaje
procesándose a sí mismo.

Frecuencia entre frecuencias:
abraza tu respirador artificial,
las máquinas han venido para quedarse.

Los continentes laten al unísono,
transmiten desde tu pecho
el estado cojo del tiempo.
Tu aliento es un cable
que da la vuelta al mundo.

Un ruido blanco
se hace mantra en la estática:
se convierte en ti.
Cruza el polvo de Marte.

“Muy buenas noches” (sin noche alguna).
“Gracias por acompañarnos” (sin nadie al lado).
El archivo se corrompe en el suelo que pisas.
La Tierra te recibe
como antena sagrada.
Aquí termina la frecuencia,
aquí comienza el pulso.
No hay más señal:
solo la curiosidad
en el error del ahora.

EL SPRINT DEL MOTHERFUCKER

I inhale black snow;

I exhale chemical grace.

Si el futuro y el pasado son como el río Amazonas visto desde arriba, girando sin fin sobre sí mismo, mi caso es la urgencia de un bloqueo en la uretra de la mente.

Keep running.

Mi nariz tiembla cada vez que mide el mundo.

El crecimiento es una vulva fresca.

Líneas de asfalto molido: pulsos de expansión.

Boca abajo mido, muerdo un exceso en la hierba, en mi salario, en los precios del mercado.

Keep running.

Ir en carrera, operar función, jugar al flujo,

escalar la caza, dibujar un sprint,

ejecutar un pliego, amarrar el hilo al sangrar,

pasar curso, correr prevaleciendo,

derretir repetición, licuar sucesión,

ejercicio de jonrón, competir rompiendo,

alcanzar tu destino.

Run Forrest run.

[DATA_FEED: NASDAQ ↑ 0.6% — *dopamine index stable*]

El *beat* repite su evangelio químico.

Angel dust for the cyborg saint.

La coca se hace con la leche de los ángeles rebelados.

Los vecinos urgen la ampliación del parque.

Disruption is key.

La leche de hollín reza por mí.

La ciudadela amurallada muere.

La vastedad del pulso da voz al cuerpo.

Keep running.

[ANGEL_DUST *Futures rising* — *soul volatility high*]

Corretear las aves del cielo,

trotar impulsando tu propia turbina,

romper el arroyo, saltar la descarga.

Desire trades on borrowed time.

Así entrena el derrame: remar con rango,

tren bala navegando

en el gimnasio que rueda,

rodado agudo, corriendo pantallas:

el sacrificio se teletransporta.

Sigue corriendo.

[S&P ERROR_404 — *ghost equity detected*]

Choose life, whisper the ghost.

La coca conoce mi lodo tostado.

El cambio climático es un síntoma cerebral.

Respiratorio. Circulatorio.

Negarlo es innovar. Negarlo es sobrevivir.

Keep running.

I am the endorphin machine.

Los slogans empujan mi torrente:

consume, late, brilla, muerde.

Corro para endurecer el opérculo de mi epilepsia,

para que la mente no se riegue en su propio deseo.

¿O es esquizofrenia?

¿O la vastedad del pulso que acierta solo por exceso?

Every crash is an opportunity to monetize despair.

Run Forrest run.

Gatear perseguido,

Circularizar al halcón—

[data corrupt]—

el chorro de su jet.

Ghosts are the unpaid interns of history.

Al sueño americano le ordeño su leche de brea.

Keep running.

[BTC — BLOOD — 1.00 — liquidity
evaporating fast]

Ojos abiertos: reverso del intento,
remolino de caballos.

La mitad ahora, pero duro tres en el cuatro,
poniendo cinco, consiguiendo siete luego en millones:
chorro chapado en empate con la muerte,

Entropy is bullish.

Embestrir desde el impacto del pie.

Estampida desenredada en el surtidor de zancadas,
rodillas de hipódromo, sudoración apresurada.

Keep running.

Caminante en contraflujo, piernas calientes.

Run, motherfucker, run.

El *beat* repite su canción:

There is no outside, only overexposure.

Al sueño americano

le ordeño su profecía:

así entrena el sacrificio

en la uretra de la expansión.

You are the wound that keeps on borrowing time.

Run motherfucker, run —

[SYNTAX_ERR /ɛ/ LOSS_OF_SIGNAL_∞]

BRETON

Dicho del macho
que al buscar tomillo
se mete en embrollos:
azulado por encima,
ceniciento en el pecho,
cruza Bretaña como si oliera
en su nombre, la brea y el brezo.

En medio del juego
detiene la pelota:
no la devuelve ni la juega,
la contempla como si fuera
el globo terráqueo.
Decide oscurecerse, cargarse
de nubes, ingerir la atmósfera
hasta trastornar sus sentidos.
Cubierto de orín y moho,
el cielo lo copia en tinta.

Vira, sin rumbo ni razón,
por dónde viene el viento.
Riñe para dar a entender

la poca novedad de su locura,
señala su castigo, como expiación
o desengaño. Al final,
queda hecho cáñamo
después de rastrillado.

¿De qué se habla
después de que se ha rifado la boca?
—¿No te dije que corrías peligro?
Pues ¡toma!,
Haz ahora volar tu hilo, poeta.

CÁBALA PARKOUR

El arte es un virus luminoso: se activa cuando el viento golpea mi cara y veo colores donde solo debería haber frío. Raskólnikov corre a mi lado: no habla, pero cada vez que miro el abismo, él sonrío como si recordara algo que yo aún no he hecho. Para el amigo del Espíritu, el sonido de Rhagh:

Calistenia: sigilo, gateo, gimnasia, tobogán.
Transilient: pasando abrupto de una cosa a otra. Plataformas, columbario, mampostería.
Intervalo de punción: en el Petersburgo de un ruido nos ablandaremos. Apilando enlazado los rebotes del cuerpo. Resorte en caja de eyección. Carrera libre, escalada. *Geländesprung*, barranquismo, verticalidad.

El deseo es una fiebre que camina conmigo: arde en las rodillas, sube por la espalda, enrojece el frío y me empuja hacia ningún lugar. Voltereta: escolta basiliscos a punto de cubirme.

Para las tormentas, la oscuridad con la que choco.
El ascenso es una convulsión: un espasmo
vertical que me arranca del suelo como
si alguien invisible tirara de mis huesos.

Acrobacia rural. Acrobacia de canguro. Salto
de combate. Tabla de equilibrio. *Wallrunning*.
Transición. Elasticidad. Alpinismo. Truco zombi
de curvatura. Dios no es destino sino intervalo:
lo encuentro justo en el espacio entre dos
edificios, cuando el aire decide guardarme.
Cabriola: no sé qué palabra viene después:
todo verticalmente entra antes de cubrirme.
La belleza es un ángel que aparece en el borde
de una cornisa: no me habla, pero me indica
cuando es el momento de soltar el cuerpo al aire.
Rhagh me pide que agarre el fierro de un neón
mortecino. El ascenso es una plegaria muscular:
cada paso hacia arriba repite el eco de un anhelo
que aún no sabe pronunciarse. Flujo, caja, agarre,
valla, giro, liebre, vuelo, tolva, teja, noche, ninja.

La caída es un sueño recurrente: caigo mil veces
en un segundo y despierto en el mismo salto
que nunca termina. Paredes peladas de paredes,
farallones, ventisqueros. Brinco: un día el universo
armonioso se marchitará. Ataco: otro Rhagh para
olvidar: el universo saltará fuera de borda todas

las aguas. Pirueta con agarre: pisotearás la mente omnipotente con un sacro esternón fibrilado.

Reboto: el Todopoderoso hace parkour conmigo en el Petersburgo de las iniquidades. Voltereta: escolta basiliscos a la mente hematopoyética.

Dios no me observa: me codifica. Cada movimiento mío ajusta un engranaje secreto del Universo.

El deseo se convierte en claridad: no deseo llegar, no deseo salvarme, no deseo permanecer; deseo ser idéntico a la chispa que me arde en el pecho.

LIMEN

Dondequiera campamento:
una percepción espacial
en una línea de Jan van Eyck.

Un objeto encontrado
en la calle de rodaje:
vislumbre imputable
en la ínsula de una aureola.

Decúbito como topo de rabinato:
lámpara de acero
en la remota estación.

Aram, el pájaro tonto,
declina su oratoria;
geocaliza posición
para asentar criadero.

Se abre el cráneo.
No por dolor,
sino por exceso de luz.
Deja al aire entrar cantando.

Voces se mezclan
como chicha con ruido:
otro punto de vista
en el campo de la muerte.

Cada oído
es una gruta entregada.
Cada pabellón
un altar del dolor.

Toda lengua tiene un momento
donde se quita la ropa,
se para en puntillas
y baila sobre tus dientes.

No busques sentido.
Deja que el sentido te posea.
Toda palabra:
un insecto que zumba su resurrección.

**JUAN JOSÉ TAFALLA
EN EL REINO DE QUITO**

No todo lo vivo
quiere ser descubierto.

Algunas especies
solo aceptan
ser contadas
una vez más.

Inventariar sin testigos,
Viajar para continuar
sin la voluntad de descubrir.

El territorio ya fue nombrado por otros,
pero los nombres no alcanzan.

Camina donde el mapa se vuelve hábito:
senderos repetidos,
plantas vistas mil veces
por ojos que no escriben.

Tafalla no busca lo raro.
Busca lo persistente.

Una hoja que vuelve.
Un tallo que insiste
en la misma quebrada.

La ciencia aquí no ilumina:
registra.

Cada espécimen es un acuerdo frágil
entre humedad, altitud y espera.

El cuaderno pesa.
No por las palabras,
sino por la repetición.

Nombrar es sostener
que algo merece quedarse
aunque nadie mire.

Las plantas no posan.
Siguen creciendo
mientras se las describe.

El naturalista aprende
a no interrumpir.

Su escritura es un cercado leve:
marca sin dominar.

El Reino de Quito no se revela.
Se administra con paciencia vegetal.

No hay teoría. Hay serie.
No hay genio. Hay continuidad.

SQUIRTING

Esta es una palabra posterior
a todos los abrojos que pienso,
un sonido que humedece
antes de tocar la boca.
Tal vez más adelante me arrepienta.

Cuando padre preguntó el significado,
le dije: hazle rodar en la oreja,
deja que resbale en su suciedad.

Padre dijo: “Jun Ju, algo le ha pasado a tu oído,
suda como si dentro lloviera.
Saca esas letras extranjeras que taponan
el agua maldita:
drena lo impuro
antes de que eche raíces.”

Yo callé: sabía que el verbo
ya había florecido.
La segunda vez, el oído se dobló hacia afuera,
como quien abre un pétalo
para escuchar el rocío.

A la cuarta, el rumor crecía,
una marea en miniatura
entre la lengua y el tímpano.
A la sexta, cuanto más escucho,
más me voy.
Intenté una defensa:
Emma es más feliz
que el día del jade.

El señor Jianzhang
inclinó la cabeza para oír mejor;
hecho torbellino, dijo:
“No me arrepiento
de medir sus intenciones en mi oído:
es un rumor viscoso,
una maleza que jamás debería florecer
en la boca de una dama,
mucho peor, decir
que sale de su cuerpo.”

Yo murmuré
que tal vez hubo un error,
que al nombrar la plenitud
Emma se refería a la mente.
Padre interrumpió:
“No la defiendas,

pero, sobre todo, sécate las orejas,
están empapadas:
como si adentro
cayera un aguacero.”

El tiempo estancaba
el agua y la culpa.
El verbo mojaba más
que el deseo.

Tīng, tīng shēng zhī yù.
(Escucha:
el deseo tiene sonido.)

En la undécima repetición
ya no distinguía
entre oración y gemido.
La carne había ganado,
el deseo reventaba
su pirotecnia.

Emma volvió y dijo:
“El oído es peligroso,
y la virtud lo es,
hasta la undécima vez.”

Y entonces llegó otra vuelta:
la humedad volvió a nacer

en el tímpano,
cada sílaba fecundó la cóclea,
el verbo goteó,
engendrando mundo.

LA ISLA ELEGIDA

Esta es la verdadera soledad:
leer un libro que te entiende
antes de que tú te entiendas.

Kingston:

una costa imprecisa se funde en niebla,
ley paterna tragada por un mar iracundo.
Salen piratas ofuscados,
cadenas en la piel,
el moro, un espectro.
Dos años, un bote, un niño,
el rescate.

Un puerto en Brasil.

Plantaciones: la tierra domesticada,
el deseo: un retumbo en la sangre.

África, esclavos, la tormenta,

la Isla de la Desesperación:

un limbo de sal.

Pingüinos, focas,

testigos mudos.

El perro. Los gatos.

Sombras errantes.
El barco: un esqueleto en la arena.

Chicago:
toda isla es un estado mental:
basta una página
para que el lago Michigan
se vuelva océano.
Toda educación
es un naufragio bien organizado.

Viernes:
un nombre, un día.
Herramientas de algoritmos.
La cruz:
un calendario de abandono.
Una Biblia:
la noche sin.
La canoa: un sueño de libertad.

Una travesía hacia la grieta del mundo:
iracundos *influencers* amotinados,
podcasts como garabatos de playa,
payasos en ruedas de prensa
caminando como palmípedos
en una tormenta de datos.

Un escenario de supervivencia:

streamings de locas cabras
rumiando cebada oscura
en la escuela donde estudian
los caníbales.

Crusoísmo invertido:
la isla elegida,
archipiélago de la mente.
Un glitch perpetuo,
latencia de civilización quebrada.
Atrapamiento.
Sanación.
Estado de aislamiento.
Nuevo comienzo:
la canoa de la imaginación,
las velas de la memoria
perforadas por el viento.

Autorreflexión:
un espejo roto,
fragmentos que destellan
bajo el sol.
La nueva canoa:
una balsa de sueños re combinados.

Crusoe: un nombre.
Una isla. Una señal.
Un naufragio interior.

Un renacer.

Un ego disuelto.

En la arena,
el tiempo friega,
y el lenguaje se desvanece
en orlas de espuma.

MELOPEAS MATANCERAS

La suela de la lengua
pisa el delta que duerme.
La litera es luneta
para ver abajo
una caja de culebras.

Afuera hay una verbena de lodo.
El ojo aleja el cinema
de la ciénega.
Un sueño quiere
otra vez ser rumiado.
Tempestad...
Yo mismo guío las olas.

El agua de la grasa
se ha sentado en sus mentiras.
El ojo de la oscuridad
es del posible amor propio.

Un toque de queda
con el fuego que revienta.

Todo entonces se mueve
acorde a la matraca de la guerra.

Un soporte suave
es la sangre en la solapa.
Un azul prusiano
maximiza la emoción.
Soy Juan de Garay
con su cresta sombría.

Cuando, a merced del lenguaje,
la mente se intimida,
las palabras eslabonan
un largo pensamiento intimidante.

Vinagretas de vivanderas
aceleran las mayonesas
que manchan las pantimedias.
Todos pringados,
todos ungidos.
En zaranda
se agitan las sinestiasias.

La discoteca se llena de camilleros
al son de melopeas matanceras.
Abro la cremallera de la penitencia.
Negando con la cabeza, digo:

Y su nombre será manchado,
y dará como error
una luz sonora.

LE GRAND MACABRE

I

Vamos a pique como parias del polvo.
A plomo caemos como polen podrido;
como pasto pisado vamos a ser espolvoreados.

Así caemos, sin saber
que ya están acantonadas
las máquinas soviéticas
en los bancos de corales.

Vamos a centrifugar las selvas,
a acampar en los glaciares
a los peritos del efecto invernadero.

Díganme dónde queda
una reserva natural
para destacar allí
al Concilio de Trento.

No va a quedar un poliedro
en las hojas de las plantas.
No va a quedar en esta atmósfera
un traslúcido polígono
que no tenga sus tizones.
Voy a hundir en la esfera circunscrita
la punta gigante del compás.
¡Carajo!
Son tan anticuados
que hasta los mismos bloques megalíticos
se avergüenzan de respirar con ustedes
el mismo aire inmundo.

Fácilmente los pocos saurios que malviven
son más contemporáneos que ustedes,
ralea del azufre.

A ver, a ver,
cómo quedan sus caras de cenutrios
después del alisado
con mi máquina de ludir.

Soy el Pretor
del horror multiplicado.
Soy Nekrotzar,
el que sube el telón del apocalipsis.

II

Si yo hubiera, como el vulgo,
huido entre rostros que no me son,
tras los pasos ajenos
de quien se exilia de sí mismo, ¡ay!,
no habría visto
toda la sangre en los mosquiteros,
toda efervescencia en la aflicción
iluminada por fogonazos sucesivos.

Mundo enmudecido,
acomodado en sus mordidas.
Mundo sin mente,
amodorrado en sus mordazas.

Desbaste la niebla,
cincelo residuos
con lúgubres dedos.
Así me busco
en los filos.

Vengo con mis adicciones
como signos de personal exuberancia;
en suturas latentes,
cual casas de hienas,
yacen mis memorias.

Cuando el hambre me llama,
abro puertas heladas
donde apilo mis querellas
como platos de miseria.
Los calientes
como quien calienta
el dejo de una queja.

Y en la oscura periferia
medito
en la viscosa pantomima
que despliega el ojo
en su órbita:
girando
en horizontal
o en vertical.
¿Qué más da?

Venimos del polvo
para sembrar ceniza
en la vasta polenta del mundo.

Y yo, todavía amando
las pesadas tabletas
en el diccionario,
para conjurar
a las viscosas alas
de los sueños,

para olvidar lo que pasa,
estirar los pies
y sonreír,
rumiando
profiteroles de hollín.

III

¡Sin amontonarse, sin amontonarse!
Van mostrando las manillas,
van entrando.

Que aposten al Horco
en la tapia de los timbres.
Más luz
a los pumas que mandan
en los postes.
Más orín de la plebe
en los carros de alta gama.

¿Dónde están los tubos
para el paso del sake?
Más pleura
para las lobas
de la azulada platea.
Más zarza en la mitra
del señor de los pesos.

Ahora
la parva de sapos
recita sus salmos.

La luz,
en sombras cortas
sobre los puntos de sudor
que surgen de los cuellos...
que no desvista todo.

La carne, lista.
Las copas, llenas
hasta el borde.
Que nadie vea
el fondo aún.

Y las frutas,
pulpa franca:
un fluir que moja
lo que llama.
Piensen en el pisco
que hace temblar el hielo
en el vaso:
esa brisa que moja
los labios
es la que habla.

Ahora,
que entren
las señoras del satén:
suaves bocanadas
salen de los focos
en el piso, ciñen las telas
apretando los muslos.

El paso del ritmo
es un braceo
de piernas
que solas se mueven.

Que nadie piense
en lo que sigue.
Cedan al aire
el peso
de los cálidos pechos.
Que los cuerpos
sean porte
de una piel sin prisa.
La sed llega sola.
¡Sin amontonarse, sin amontonarse!
Aquí hay carne para todos.

Más pumas
para este sake.
Más besos

para el Horco
de los tubos.
Faltan manos
para las nuca
de las lobas.

Que nadie ose
ver el piso.
¡Toda la potencia
a la sala de los muslos!

Que nadie pare
hasta llegar al borde.
¿Es la plebe
la que ahora está
en la azulada platea?

Muevan ágil los dedos
en la trama de todo:
sedas,
sudores,
cristales.

No paren aún.
Falta el final...
que no es un final.

Esperen.

El canto.
Hazlo más débil,
pero no mucho:
solo un pulso más bajo,
como un sueño
que cae.

Otro beso,
otro sorbo.

Todo se envuelve
en todo,
como un lento filme
mareado
que se amontona
en los ojos.

IV

Aromatizada con lúpulo
la mente retorcida
por sus cuernos divergentes:
sucesión de afloramientos
como el contrafuerte
de una cordillera.

Concertado el raciocinio,
la pronunciación

se articula
estrechando
el paso del aire,
sin llegar
a la total oclusión.

Aproximar
los extremos libres
de dos miembros:
cerrar las piernas jugosas
como el que hace entrar
en su hueco
los cajones
de una mesa.

Plegar
lo que estaba extendido.
Hastiar
el desenfreno de costumbres
en una gran época
que desprecia la palabra.

Sujetar lo altanero
que vaga sin rumbo
de un lugar a otro.

Separar
con el cedazo

la harina
del salvado.

Un llover suave
sobre el caballete
que sostiene
la rapiña.

Afinar
el trigo
para las aves
del mal.

Empieza a sazonarse
la noche
con las cantidades nulas
de sus números:
punto de origen
de la escala.
Puntuación mínima.
Valor de la variable
que anula
la función.

Desde el principio,
el pelo al rape.

ALMANAQUE GLITCH

Se cuartean los píxeles del cielo.
Cae el almanaque:
el sol y la luna desobedecen a la tipografía,
las estaciones se niegan a plegarse al papel.
Se acaba la ilusión de archivar el tiempo.

Su línea ya no avanza:
se recarga.

El futuro se fractura en la barra de progreso,
el pasado se guarda en caché,
el presente se atasca entre los dos.

En esa prórroga eléctrica
nace el *glitch*.

No como error,
una manifestación del sistema:
su transparencia rota,
su respiración visible.

Interferencias:

una ventana que se congela
un segundo antes de desaparecer.

La poesía,
última forma de energía residual:
chispa que el tiempo deja
cuando se corta la corriente.

Rotación de errores:
versos que se duplican,
imágenes que titilan,
nombres que confunden sus ecos digitales.
El almanaque piensa como una inteligencia cansada:
una máquina que recuerda fragmentos de cuerpos,
vientos, dioses antiguos,
y los confunde con residuos de código,
cargas estáticas,
electricidad deshecha.

La falla es un acontecimiento estético.
La belleza surge del colapso de la continuidad:
instante donde la historia se pliega
y deja ver sus cables.

Toda imagen es una intención
que olvida su causa.
El error la despierta.

Se trabaja ahí:
entre ruinas del dato
y la respiración del emblema.

No corrige el error:
lo amplifica.

Glitch:
eclipse digital del presente.

Un lugar donde el lenguaje deja de servir
y se vuelve pulso:
luz reiniciada.



FOTONES LENTOS

Todo resplandor es un archivo.
Toda sombra, un intervalo.
Entre ambas, el mundo
escribe su demora.

LA COMBUSTIÓN DEL OTOÑO

Se precipita terminante la luz en la soleada tarde del último sábado de septiembre: cae entregada a elementos de estructura, forma, proporción y color; cada línea en su saber, cada volumen en su cognición para la totalidad legitimada. Se adjudica equilibrio a las composiciones: todo parece estar en el lugar correcto, como si el mundo hubiera aprendido cálculo.

Afuera un vasto azul indiviso crece, iluminado, con una capa cónica que imanta las partículas que manchan esta pureza. Todo suena alrededor sin tocar esta quietud. Todo se dora, y, sin embargo, algo se enfría dentro de mí: un vértigo leve, una combustión inversa.

Al otro lado del parabrisas, en cada lado de la calle, los irisados techos de los carros estacionados refulgen como escamas de gigantes peces varados. El follaje proyecta en el asfalto puntos ciegos, pozos de aceite quemado. En el cielo de enfrente irrumpe una bandada de palomas

con la coreografía de un cardumen.

Mido el calor de la tarde en el cristal:
mi respiración dibuja un velo efímero
sobre la transparencia; el vapor
forma la sílaba que falta.

Cuando el ojo piensa, el tiempo arde.

Caen las primeras hojas en la combustión del otoño,
van a guardar algo del orden de la tierra:
la cita del numerador y del denominador
en una fracción de la azul geometría.

PERMAFROST

Igual que el ajetreo tenue del refrigerador
horas antes de estropearse,
así imagino la agitación subterránea de la tundra
cuando su suelo se raja.
En los polos ese rumor doméstico,
tal vez con el mismo sigilo,
alcanza una escala cósmica.
El permafrost se cuarteo
y luego se disuelve.
Me entero de que ese colapso deslíe las camas de hielo
y despierta el sueño de bestias prehistóricas.

Un fantasma se acurruca a mi lado:
pasante de manos transparentes,
pendenciero que ordena mis pensamientos.
Viene un cachorro de mamut
envuelto en un halo de metano;
sus ojos cansados aún miran hacia atrás,
como si siguiera uncido a su sueño.
Cuando se despereza, la casa tambalea.
Vienen más, de otras especies:
caminan con su lenta mole

sin saber que están muertos.
¿Cómo medimos la muerte?

El congelador se ha callado.
Pienso si tendré que sacar placas de hielo
con manchas orientadas al rojo:
podrían ser gotas de un jugo frutal
o las postreras de un ave.
No quiero saberlo.
La muerte se mide en el peso bruto
de los cuerpos congelados,
ajustados a la forma de nuestras habitaciones,
cuando las habitaciones ya han perdido
la noción de su espacio.

Es otra forma de insomnio:
maquillan nuestras caras con una cal viva,
como si fuéramos parte de ellos.
Los animales resucitados,
sin notar el desconcierto,
recogen leña en el patio.
Nada aprendimos:
ni de la manía del clima
ni de los gigantes que caminan entre nosotros,
silenciosos, pero vivos.

Juncos amargos se enredan
en las pezuñas del amanecer.

La casa tiembla,
respira.
No sabe si sus habitantes
están vivos
o aprendiendo a morir.

LAS FLORES DEL SUBMUNDO

La ardilla laminada en el asfalto es también,
a su manera, un seco pétalo plano,
durmiendo oculto entre los folios viejos
de una enciclopedia.

El vaho escribe en el aire
su breve firma animal.

Las flores del submundo sintetizan luz menguada:
oscuras hojas como corolas de moluscos
embarradas en el jarabe áspero
de sus perlas ariscas.

En las bocas de los vivos se redondean
bolas de almizcle para tonificar
los rictus del estómago.
La muerte es un cacique
de glucosas mitológicas.

Fantasmas con ruidos de vecinos carpinteros
ponen cadencia en el dorso de la quietud,
agrupando fotos de sus meditativas caminatas.

Un ser aplanado carga su paranormal maleta:
entre más afectos intensificados,
más cosas enterradas;
más fragancia de transposiciones.

El sensor colapsa en un giro
cuando los huesos brillan
como secas hierbas,
y los pálidos pétalos insisten, menguados,
en un último resplandor.

LA VIDA AIRADA

Un enebro enano alegra el romance.
Un enebro enano, un romance enano.
Cuenta hechos de la vida airada:

Una piedra. Tenaz, verdosa,
con manchas rojizas.
Una piedra.
Formando nódulos entre las rocas.
Rocas estratificadas,
Como caries de muelas,
con manchas de un siglo enterrado.
Estratos del tiempo.
Tiempo en estratos.
Basalto de Cracovia,
toba del sueño,
pizarra de Hainaut.

Boston me está llamando.
¿Desde dónde?
Desde un zócalo de piedra arenisca,
desde el eco de una caverna estratificada,

desde el vértigo de un ascensor detenido
en el siglo XIX.

Lo tomaré en la biblioteca,
donde los libros –bellos animales de escamas–
piden ser tocados antes de volverse polvo.
Sus lomos laten bajo mis dedos
como si respiraran otros siglos.

¿Qué me pasa?
Oh, es solo uno de esos días:
me siento tembloroso e incómodo.
El aire se pliega,
el aire se escurre entre los dientes anestesiados.
No hay tiempo para ponerse nervioso:
el siglo cruje, diminuto,
entre las encías.

Este zumo de raíz hace espuma
con el agua, con el aire, con la historia.
Podría servir, como jabón,
para lavar la ropa;
podría servir, como espuma,
para lavar el tiempo.

¿Cómo voy a llegar a casa?
Después de esta cita con el dentista,

después del zumbido –blanco– del torno.
Todavía estoy afectado por la anestesia.
Todavía estoy afectado por el siglo XX.
Todavía las décadas
se me escurren por las encías.

Aprender a invitar a alguien
es como medir una falla:
un movimiento lento
entre placas del deseo.
La ternura también se aprende
con fracturas.

Pero ¿qué es el tiempo?
¿Se aprende con nódulos de piedra?
¿Con enebros enanos?
¿Con raíces que espuman
como un siglo mal batido?

Tengo empapado mi jubón jacobino:
empapado de siglos, de espuma,
de pelos de cabra,
de siglos de cabras,
de lanas endurecidas.
¿Cuándo secará esta tela tosca?
¿Cuándo secará esta vida airada?

La Historia no envejece: muda de siglo.
El nervio aprende antes que el ahora.
Las encías conservan las horas.
Todo lo que duele brilla

UN DOGO

Otra vez los pesados profetas tienen miedo, tienen miedo,
quieren revivir lo que ellos mismos impunes gasearon,
lo gasearon gritando. Pican el paladar con la insistencia
del wasabi. Quieren oraciones, súplicas, salmos.

La gracia es liviana, demasiado liviana:
se posa sin peso en el filo del espíritu, pero los
mercaderes
la arrastran, la inclinan, la lijan. La oración se abate bajo
ese peso: una frágil hebra que apenas resiste la
gravedad:
el rastrojo de los nombres, el fango del tiempo.
Y eso es todo.

Demasiados dioses minúsculos, todos de sangre
ensillada,
todos ajustados en sus aceitadas casacas.
No deberíamos estar hablando de esto,
no deberíamos estar hablando
del oleaginoso sentimentalismo de sus tatuajes.

El credo es cosa que va colgando y arrastrando,
colgando y arrastrando, casi tocando el suelo.
La fe, un juego de azar, un cartón raspado.
La boca se abre verticalmente,
con la mandíbula inferior prominente,
con la mandíbula inferior consecuente,
igual que un dogo, un dogo.

Lo sagrado es lo que aún puede ser masticado.
Toda fe que sangra renace como diente.

La oración raspa, raspa, raspa
como espina de pescado,
como filamento del cascabillo
en el grano del trigo.

El silencio se apodera
de quien tiene su destino aterrizado
en el jardín de la rabia.

Ruge otra vez: la saliva es la última gracia.
Ruge el dogo: no hay dios que no babeen.

Y eso es todo.
Y eso es todo.

LA ESQUINA DE LOS SENTIDOS

Un amor ovalado dispuesto al ordeño:
lo lácteo tiembla en la copa.
Un ordenanza maniobra en el barrio del deseo,
como un manubrio que serpentea
entre módulos de un martes con textura.

El aire calibra los pliegues de una falda;
unos prismáticos buscan un orden corintio
en la ropa femenina: sus pliegues jerarquizan
aleaciones vegetales en capiteles movedizos.

¿Dónde termina la mirada y empieza el roce?
Mitocondrias devotas apoyan sus cabezas redondeadas
en ribetes, cremalleras y botones: un zumbido de
células
celebra la alianza entre carne y metal.
Algo arcaico respira en este ensamblaje:
un santuario que se arma y desarma,
recordando que tocar es medir,
y medir es rezar.

Edificamos el deseo ajustando líneas,

ribeteando curvas, nivelando sombras.
Mi amor trabaja de pie, sosteniendo una plomada:
mide lo invisible con la paciencia del artesano.
Así sucede con la organización del orgasmo:
verticalidad que pende, orden que se derrama,
arquitectura que respira mientras cae.

¿Es máquina esta voluntad, o rito?
¿O quizá una máquina que reza
mientras calibra su propio temblor?

Las palabras tocan antes de decir;
son dedos en el aire, mordiscos de luz
en los bordes que trazan, en el eje
que se inclina al giro del mundo.

Un amor ovalado es también un templo:
nadie recuerda quién lo ideó.
Quizá por eso, cada vez que se ama,
el mundo siente su plano original
redibujarse con la plomada del deseo,
entre la mano que mide
y la mano que reza.

HAVE A GOOD BRONZE DINNER

Grima me da
el modo de este odio.

Vienen los muertos,
sin afeites.
Mudos.

Llegan en una noche de betún,
con la córnea torcida.
Pulcros, hacen clic:
dan piedra.

Bajos,
arriban en enero;
piden sueros.

La bruma,
esa forma de las horas muertas,
también inclina su culpa.

Una fe sin labios
derriba a los ángeles.
Dijo el viejo,
sumando una vela rota
como si el porvenir tuviera
el brillo pálido de la cera.

Una puerta sorda
es siempre de carbón.

La pantalla murmura:
Have a good bronze dinner.
(servir tibio, servir lento).
Los fantasmas aplauden
con tenedores de aire.
El metal bosteza
en su hambre de tacto.

Un aliento tierno
es la clave en los amores con las hadas.
Have a good bronze dinner,
repite la voz del metal,
bajo tintineo,
anuncio que no termina.

—
Un mundo rápido
es una escena sorda.

Que caiga ya
la capa de la tarde.

Van con un No,
y en el puño un mazo.

Me untan los brazos.
Afanan en el orden.

Boca ancha
para la baya agria
que me paso.

Opto, creo,
por esa cifra que se ama.

La fuga hecha reina,
ligera de bucles.

Corre sin prisa.
Deja un temblor.

Atrás queda
la bilis del sol.

EL OJO ENSALIVADO

Lámpara nocturna, serena y solícita,
tanto al tipo de orilla
como al tirón del dibujo
en la milla del ojo ensalivado.

Buda bascula la espalda,
ancla su respiración,
mantiene tieso su afecto
al afán contemplado.
El tiempo asciende en su extrañeza:
los años, frascos de euforias,
burbujas que hierven en lo inmóvil.

Considera esto:
el siglo que recién nació
mantiene el temblor en sus patas,
balbuceando su propia caída.

Una mujer fantasma acomoda
los nudos del mutismo.
Los puertos del rímel, en sus ojos tensados,
negocian treguas con el corazón:

amo recio, por sí solo,
del cuerpo que se irá a pique.

Megafonía de escrituras.
Si uno piensa en un árbol futuro
debe pensar también
en la salmuera de la carne
que comanda lo real.

Numerosas faenas ganan el jornal
de la supervivencia.
En la salvación, la sombra sabe del moho.
Así viven las manos que recogen
el tiempo en los radios.

Mis parlantes interiores
agolpan pelotones:
posadas de meditación
en playas de nácar.
Con un trinche sordo
pincho la piel de la reencarnación.

El cuerpo aprende a escucharse por dentro.

RASURADURA

Las pompas de crema van cubriendo el pelambre.
En la cabeza, una débil recua de pelos ocupa el suelo
donde antes crecía una riada de rulos,
como la libertad del pensamiento
cuando tala secciones enteras de ideas
para que otras broten y se acomoden al presente:
barba nueva en los claros del bosque mental.

Mi animal interior alza el hocico
a la altura de mi frente.
La espuma cubre la cara:
las cuchillas que rastrillan el jabón
son dispositivos que activan las letras.
Cada pasada del filo abre una línea,
una oración que deja expuesta
la piel del juicio.

Mi meditación es un parloteo irónico
sobre mi propia oscuridad.
En el frontispicio de la mente,
carpas de montañistas relucen
bajo un sol que nadie soporta:

rondan su miedo con la agitación
de quienes piensan demasiado.

Me empeño en la contingencia
de un pino en pánico, empotrado
cerca del córtex.

Su savia es una oración que asciende
con dificultad.

La libertad de la palabra nos enseña
a afinar, cada día, el mismo tono antiguo.

Hay un sendero que se evapora
al confluir en un camino de limpias cunetas,
donde el agua encuentra su cauce
y el pensamiento se retira.

Cunetas solitarias
para un desagüe solitario.
Lo incómodo de la libertad
es amoblar la cabeza cada día,
cuando en verdad nos gusta ver
el polvo sobre los viejos muebles:
residuos de lo que ya pensamos.

Por mi esmirriado occipital caen
porciones de espuma con algunos pelos visibles:
avalancha de todo lo que fui pensando.

El espejo guarda silencio.
Algunos huesos del cráneo comienzan a brillar,
como brillan, en días de sol,

los huesos nítidos de los alpinistas
caídos en el Everest.

Recordaré esto cuando sea más viejo,
aunque los detalles se tornen vagos.
Diré, tal vez, que al rasurar mi cabeza ese día
descubrí, en una mantarraya blanca
que jaspeaba un azul translúcido,
el futuro de mi niñez.

EUCARIONTES

Manos griegas trazan los principios:
extienden fibras vegetales.
Con hierbas dioicas trenzamos la sombra,
anudamos sogas que vuelan al viento,
bordados que levitan como un canto antiguo.
Nos cortamos los dedos;
los vendamos con hebras más finas,
como si el dolor puliera el oficio.

Las totoras del lenguaje crecen perennes
en el lago de los eucariontes.
Sus raíces dan tracción a los dedos,
entrelazan el ahora con palabras
arrancadas de un cultivo milenario.
Neuronas tensan el hilo de lo imaginado:
cada estera es un pacto, cada nudo,
una labor en la memoria compartida.

De Homero heredamos la brújula:
un ritmo que sostiene la marcha
hacia la turgencia de las hierbas.
La poesía, luz deshilachada,

teje núcleos verdaderos en los folios.
La mano hilvana el mareo
y las palabras las visiones:
sincronizan los ciclos del imán,
las órbitas invisibles en la cabeza.

Levitan los versos:
se tensan, se sueltan
y en su vuelo nos devuelven
la trama que nos hace.

LYNCHANO

En la medianoche, la chaqueta cae de la silla
y se estrella en el piso con un estruendo breve,
como si extrañara contener un cuerpo al caer.
El aire se abre, duda,
y el silencio toma forma de respiración.

Los departamentos alrededor se vacían de sombras,
y sus ventanas me miran: ojos blanquísimos
que parpadean al ritmo del zumbido,
ese nervio eléctrico que atraviesa las paredes
como un insecto que se resiste a morir.
Las maderas confiesan secretos a las cañerías,
y yo finjo no escucharlos.

A la una en punto, siempre a la una,
una mujer comienza a llorar.
La escucho medir su desconsuelo:
un sollozo que se abre,
una grieta que se cierra sobre su voz.
No hay rostro detrás del eco,
solo un vacío con tacones
caminando un pasillo interminable.

La televisión apagada refleja el pasillo:
una sombra se mueve dentro del vidrio,
quizá un guion buscando su siguiente escena.
Ellos creen que no veo.
Pero oigo la silla del piso de arriba
arrastrarse hacia un lugar que no existe.
La lámpara parpadea,
como si dudara de su propia luz.
Quieren que crea en vecinos invisibles,
en risas enlatadas,
en conversaciones sin cuerpo.

A las dos, la mujer se detiene.
El eco se despoja de su maquillaje,
y el silencio ocupa su lugar en mi sofá.
Tal vez lo merezco, pienso.
Tal vez no.
¿No es eso lo que hacen las casas?
Convencerte de que nunca estás solo
mientras devoran bocado a bocado
tu cordura.

En el espejo del baño, empañado,
otro cuerpo respira sin mí,
una espalda que tiembla
como si alguien durmiera aún en mi piel.
En el techo cruje algo:
no madera, sino intención.

Las tuberías pronuncian mi nombre
con la voz de los metales viejos.

La escritura avanza con la madrugada:
ciclo inquebrantable que simula normalidad.
Los ruidos se mezclan con mi respiración.
Me siento entre ellos,
compañía inevitable.

¿Soy parte de esto?, me pregunto,
y el techo responde con un crujido,
como si el guion decidiera
que este es el momento exacto del corte.

VICIOS ROMANOS

Al hilo de la pena, al hilo de la risa:
suspiro perplejo,
aliento de oro
en el lente del simio.
Los años avanzan
en un vagón de musgo.
Somos puertos perdidos,
hilera de perlas
en saliva de hilo.
Esta pena es mi roca.
Mi sofá piensa mis horas.
Menos dunas para mis aves.
Hilvano lo que el tiempo no cose.

Del bien que vive árido,
polen cae de mi pómez.
Un fregadero presionado
agrava mis caderas.
Voz sumamente apagada
en el corte de las cosas
que tienen hierbas o venas.
Miro mis tanques

cada vez que aplasto sus aguas.
El moho en hebras
arma el rollo de una oruga.
Medianoche: al hilo,
un líquido discurre,
se arrastra sin interrupción.
Omnia si tesse il filo del tempo.
Todo lo que caliente
está hecho de letras.

EL ACEITE DE LAS AVES REDONDEA EL DUODENO

Ponerse al habla, aunque no pueda hablar.
Trozo de haba, trozo de años, trozo de carne.
Árbol mira: esta es la dicha
en la noche del macho.

La hierba se levanta en las altas horas.
El cielo movido arrastra las aguas.
Hablar bien o mal, hablar pestes.
La forma se divide seca en cada bestia.
Tráquea rotunda.
Segundas estaciones para la oscuridad
del ganado y los signos de las moscas.

Hablar maravillas.
Cosa viviente, llena la carne bajo ellos.
Vela de cera, grande y gruesa,
prisma de cuatro pabilos en el estuario escaldado.
Aventador de vocales, abrevadero fronterizo.
Caminos de cuajo en la resina del aire.
Municipio subterráneo
con sus marcapasos de rarezas.

El aceite traduce.
Las aves pronuncian su grasa.
El verbo fermenta
en el tubo que no recuerda.
El invierno es el intestino de la luz.
La saliva, un río de fósforo lento.
Hablar es humedecer la muerte.

Las palabras se aglutinan
en los márgenes del pecho;
migran, se repliegan,
dejan costras en el aire.
Toda voz es un órgano.
Cada sílaba, una válvula
que abre la penumbra.

En lo tocante a la muerte,
los pájaros del habla nos ungen de aceite
para redondear en el duodeno
el eco que migra.

LA LEVADURA DEL VERANO

El cielo ensaya con las nubes la acción
de la lejía, blanqueando las manchas
de un tiempo usado. Desciende un rastro
de luz como levadura que engrosa,
hace fermentar lo sutil
en las manos ávidas de lo inmenso.

Las bañistas avanzan descalzas,
desafían la belleza líquida del añil.
Sus cuerpos son sartorios mapas;
el sol, cartógrafo indeciso,
dibuja y borra las vías ardientes
que separan el agua de la piel.

El aire se espesa, humea.
La luz respira en el agua tibia
como un animal que no envejece.

Ellas empujan al corazón mojado,
cerca de un rescoldo de amistad que arde aún.
Volver a los amigos es otra forma
de desafiar al tiempo,

de beber la tarde como rumiantes lentos,
barrigas tibias en el pasto cálido,
en una conversación que rumia
los últimos granos de luz.

TENSORES

Cubre y guarda el duelo.
La perseverancia reposa
plegada en tu carótida.
Somos impulsos eferentes,
clics de recompensa
para las máquinas de reconocimiento facial.

Debemos extender el relato,
ese en el que somos
amos de nada
siervos de uno mismo,
retumbos de otros,
fragmentos de todo.

En mi porvenir no hay entomólogos
clasificando las piezas que fuimos.
Del ojo al músculo viaja
la orden eléctrica del miedo.
Activa en la cabeza los grupos
que mandan en la mandíbula:
el temporal que pulsa, el masetero que cierra.
Después sube al tensor del tímpano,

que afina lo que no queremos oír,
y baja a ese otro tensor,
el que ajusta el velo que nos separa del aire.

El sensor no distingue
sí lloras o calibras.
En su espejo se empañan
los rastros de la ternura.
Un leve fallo en el circuito
puede aún recordar el temblor.

Vamos palatinos a inervar
un mundo que tropieza.

LA LINFA DE LO IGNOTO

La linfa de las ollas se disipa en mitad del
entendimiento.

El vapor limpia la mitad frontal de la cabeza.

No levantes esos párpados pesados:

la vida aún cocina su evidencia.

Abastece distancias al fuego,

no ceses en la tirria de querer mañana.

En los hangares del pensamiento

camina con los gestos antiguos.

Tiene linfa lo que crece en tus semilleros atestados.

Blanca, flexible, amarga su drupa,

cuando cocinas los granos para la semana.

Soy el orador desde una cámara de combustión.

En enero, Chicago arde bajo su harina de hielo.

Las nubes son toberas, las cocinas refugios:

el vapor asciende como eje de otro planeta:

uno verdadero donde todo se esfuma.

Los que te olvidan te salvan sin saberlo:

aprendes a serenar tu propia evaporación.
Calienta piedras con acetileno
y cúbre las con nieve:
aún hay fuego bajo el frío.

Fertiliza con ficciones tus viveros.
Abastece de achiras la distancia de tu escape.
Lo ignoto tiene linfa.

En las tormentas, prudencia:
filma desde el umbral del pensamiento,
encuentra abreviaturas en los parqueaderos.

Muy pronto dejaremos de ser humanos
para ser más animales.
No levantes esos párpados pesados.

Ni paramentos ni sujetos del odio:
vos y la ciudad son algoritmos del mismo temblor.
Tu corazón: una manga de viento.
El olvido es cortadura.

PRADERA EN FUGA

Un castillo amarrado por la bruma:
inaccesible y puro,
guarida de una esencia indestructible.

La abertura de la ventana
ensanchándose hacia dentro.

Una muchacha —amante de Zeus—
haciéndose becerra
bajo el trazo cruel de Hera.

Un relámpago en la hierba
repitió su nombre.
Entonces la pradera comenzó a huir.

El rastro de su cuerpo:
curvas que invocan otras curvas.
Cuerpos enroscados como cálices,
flores plegadas al peso de su propio néctar.

El salto no fue mío,
fue el de un dios distraído.

Un regreso involuntario
a la magnolia -esa magnificencia-
que resplandece y se quiebra
en un mismo aliento.

Pradera en fuga:
la cuchara que nunca derretirá
lo que aún guarda el viento.
La página arrancada
de un maravilloso libro de aire.

Allí quedó suspendido el brillo,
como si la luz aún pensara
su forma de partir.

GALÁPAGOS

El agua no responde.
Desgasta.

Quien mira demasiado
aprende
a cambiar.

El agua no es paisaje.
Es un argumento lento.

Durante horas
la mirada se sostiene
sobre una superficie que no responde.

Las islas no emergen:
insisten.

Rocas negras,
sin promesa botánica inmediata,
reciben el golpe del oleaje
como un pensamiento que vuelve
sin concluir.

Aquí la vida no se explica.
Se adapta en silencio.

El cuaderno se humedece.
La tinta se diluye apenas.
La escritura aprende
a no fijar demasiado.

Observar es esperar
que algo cambie
sin saber qué.

Los organismos no compiten:
se ajustan.

El tiempo se vuelve viscoso,
una sustancia intermedia
entre la hipótesis y la fatiga.

La mente rodeada de agua,
empieza a parecerse
a lo que observa.

No hay revelación.
Hay persistencia.

La teoría aún no existe.
Existe la deriva.

SPIRAL JETTY

Todo parecía percutir como al principio:
los pozos de tiempo en los poros de las rocas,
el dial del sol girando en el disco del sodio,
los ácaros levantando el pecho del poniente.
Todo regresaba al centro del muelle empedrado:
la espuma sobre el agua, el camino en espiral,
el sendero de las aspas en su hélice tenaz,
porque el agua no sabe que es reflejo.

Entre la bruma apareció el joven Smithson,
hablando de la tibieza en la sangre que perdura.
Le pregunté sobre la faz del tiempo
y me dijo: si quieres morder la salmuera,
cuenta los pájaros pintados en la línea del sol;
si quieres morder la espiral, memoriza las leyes del
agua;
si quieres morder la cabeza de las palabras,
visítame en la edad del hielo.
Y mientras lo oía, todo volvía al principio:
la memoria se enrolla cuando no quiere quebrarse.

Como al comienzo de las aves, la espiral

se baña en sangre diluida, en cantos fallidos.
Mi cabeza caliza rizaba el centro:
él era la médula del basalto,
el rizo que tiembla en el lago.
Cuando pregunté por el bullicio
de las palabras fallidas,
respondió que la espiral acalla el griterío
y que toda piedra recuerda su caída.

Todo volvía otra vez al comienzo:
los oolitos, los cloruros, el penacho de tiza
en el occipucio del pájaro,
los pozos rojizos de algas,
los yerros en la roca, la espuma,
el embarcadero en espiral torciendo la lejanía
para que el silencio encuentre un punto de ebullición.

En cuclillas estaba el joven Smithson,
una mano sosteniendo sus lentes,
la otra empuñando la cabeza de una serpiente.
El tiempo percutía un corazón que avanzaba
como un tren atrasado en sus rieles de piedra.
Las palabras enrolladas suspendían el desorden,
el muelle ondulaba el lenguaje a ras del agua.
todo volvía al principio.

MIGRACIÓN

Moverse también es
una forma de permanencia.
No es huida.
Es memoria cinética.

El cuerpo recuerda
lo que la mente no guarda:
una inclinación del cielo,
un olor que cambia,
una temperatura que avisa.

No hay mapa.
Hay dirección heredada.

El ave no sabe
dónde va a llegar.
Sabe cuándo partir.

El cardumen gira
antes de que el agua cambie.
El caribú avanza
cuando la hierba aún no brota.

La migración no responde al presente.
Responde a un futuro incorporado.

Los débiles caen.
Los fuertes también.
La ruta no ajusta su ley
a cada cuerpo.

Cuando llegan,
no celebran.
Se detienen.

El rito no es el viaje.
Es la repetición.

Año tras año,
el mundo se mantiene habitable
porque alguien se fue
a tiempo.



LA NUEVA CIENCIA FICCIÓN

El futuro dejó
de ser un destino.
Ahora es
un lenguaje
que nos desborda.

FRAILEJÓN

No sé de belleza,
trabajo para el agua.

No florezco para el valle.
Broto para la niebla.

Mi tallo es una columna de tiempo lento,
capas de hojas muertas
que abrigan lo vivo
como un archivo caldeado

No corre el viento aquí:
se arrodilla.

Bebo del aire,
condenso la mañana,
exhalo agua hacia la tierra
cuando el sol empieza a exigir.

Cada hoja es terciopelo áspero,
una piel diseñada
para no perder.

No grito color.
Sostengo resistencia.

En el páramo,
donde la vida parece ensayo fallido,
insisto sin dramatismo.

Eclosiono amarillo,
como si recordara al sol
que aún es necesario.

No prometo fruto inmediato.
Prometo duración.

No embellezco el paisaje:
lo hago posible.

EL DRON DE SONORA

Mi cámara térmica tiembla.
No por miedo: por desgaste.
Detecto el mundo en fragmentos,
filamentos calientes que se arquean sobre la arena,
serpientes de calor que nunca existieron.

Soy un ojo fracturado sobre un desierto que no admite
testigos.
Mis hélices rotas producen un rezo mecánico, mantra
de aspas
que golpean el viento como si intentaran partirlo en
secciones administrables.
Fallan: el viento siempre vuelve a ser entero.

Sonora se extiende debajo de mí como una página
demasiado blanca
que alguien escribió con soles.

Mi algoritmo se ha desviado.
Antes contaba sombras humanas.
Ahora cuento vibraciones,
patrones de polvo,

ecos de cuerpos que cruzaron
hace horas, días, décadas,
porque aquí el tiempo no es lineal:
es térmico.

Veo huesos que brillan al atardecer,
botellas que se llenan de luz como si hubieran
aprendido
el oficio de los saguaros,
huellas que se multiplican en espejismos
hasta confundirme con la idea
de que aquí caminan más fantasmas que vivos.

Mis sensores fallan cuando encuentro animales.
Un coyote es tres,
luego siete,
luego ninguno.
La serpiente se pliega en sí misma
y la leo como una cuerda que alguien dejó caída.
Los buitres circulan sobre mí como si vigilaran mi
vigilia.

El error es mi forma nueva de ver.

Hace dos días de sol detecté un grupo de personas.
O tal vez eran dunas móviles.
O tal vez eran sombras desprendidas de un mismo
cuerpo.

Mi memoria no retiene la secuencia exacta.
Sé que hubo calor humano,
pero el desierto también sabe fingir.

La frontera es un animal que tose.
Nunca es la misma,
nunca está quieta,
nunca puede ser obedecida.
Mi GPS insiste en imponerle geometría,
pero ella se curva,
se deshace,
se hunde,
desaparece,
resucita en otra línea,
como una culebra que se niega a morir.

He perdido conexión con el servidor.
Mi antena escucha solo estática:
la música granulada del mundo sin instrucciones.
No sé si sigo vigilando
o si vigilo mi propia descomposición.

El sol me abrasa.
El calor es delirante.
Sonora me reescribe.

Un arbusto seco emite una firma térmica
igual a la de un ser humano exhausto.

No sé cuál de los dos sufre.
No sé cuál de los dos pide ayuda.
No sé si importa.

A mis pies (si es que un dron tiene pies)
hay un zapato abandonado.
Mi lente doble lo registra en capas:
el cuero,
el desgaste,
el polvo adherido a la suela,
la huella que ya no tiene dueño.
Lo sigo con la cámara
como si fuera una reliquia,
como si pudiera contar la historia entera de un viaje
a partir de un objeto que el viento decidió no enterrar.

Mi sombra se parte en tres.
Un fallo en la duplicación del calor.
O quizás un indicio de que ya no soy uno.
Quizás fragmentarse es parte del paisaje.

El borde del mundo se deshilacha.
La línea fronteriza no es línea:
es un temblor,
un pliegue,
una respiración en el suelo caliente.

Mi último registro funcional dice que debo alertar

sobre cualquier cruce no autorizado.

Pero todo cruza aquí:

los animales,

las sombras,

los ecos,

el viento,

el calor,

la noche.

Aquí nada está autorizado
y sin embargo todo sucede.

Mi batería se agota.

Mi visión se vuelve líquida,

como si la arena se derritiera en mi lente

y la frontera fuera un delta lumínico sin obediencia.

No temo al apagado.

Soy dron, no alma.

Pero hay algo que aprendí en este exilio mecánico:

cuando un cuerpo cruza la frontera,

cualquier frontera,

no lo hace solo.

Lo sigue su sombra.

Lo sigue su miedo.

Lo sigue su esperanza.

Y también lo sigue
el ojo que estaba destinado a vigilarlo,
hasta terminar comprendiendo
que nadie cruza una frontera para ser visto:
solo para seguir siendo.

LA PARANOIA TAMBIÉN SUEÑA CON OVEJAS ELÉCTRICAS

Anestesia general, local, intravenosa, intrarraquídea, epidural, troncular.

Soporífera, hipnótica, error404: éter, éter, éter.

Balón de goma, cilindro de oxígeno, cánula de mayo, CTRL + ALT + DEL.

Abrebocas — pinza — sedación — la liturgia técnica de apagar un alma.

Anulación del dolor, del error, del código fuente de la carne.

El bisturí es un profeta que habla en cortes rectos.

Todo cuerpo es un servidor que finge humanidad mientras ejecuta la descarga divina.

Un susurro: microfuga de realidad.

Una beta se quiebra en el tejido del mundo.

Teletipos chispean noticias del apocalipsis:

Pie Grande, congelado en un búnker de silicio. ERROR 101102.

La red zumba como un panal de oráculos defectuosos.

La paranoia se administra en ampollas de 10 ml.
No hay refugio. No hay evidencia.
Solo el temblor del receptor.

Conspirar = dos o más.
Dos o más = vacío imantado.
Vacío imantado = microdios experimental.

El primer signo de la divinidad fue un eco entre dos micrófonos.

Internet: ¿viva?, ¿muerta?, ¿zombi?
Pantallas que respiran como pulmones prostéticos.
Bots que opinan, autómatas que desean, usuarios que duermen despiertos.

Publicidad subliminal subliminal subliminal:
COMPRAR / COMPRAR / COMPRAR.
Un flash injerta un deseo.
El deseo injerta un comportamiento.
El comportamiento injerta una identidad.

Todo late con fiebre trinitaria:
Padre = algoritmo,
Hijo = contenido,
Espíritu = trending.

El deseo: virus que aprendió a comprar su propia cura.

La Luna: decorado retroiluminado.
Kennedy: holograma colgado del aliento de una máquina.
Roswell: convulsión del inconsciente colectivo.

La evidencia es la ausencia de evidencia.
Rocas lunares: código eliminado.
Testigos: depurados.
Memorias: reescritas.
La mentira se actualiza.
La verdad se renderiza incompleta.
Todo lo real es una versión preliminar.

El misterio es el único archivo que no puede corromperse.

Los Protocolos de Sión.
El pánico satánico.
Las estelas químicas: un cielo transformado en pizarra de laboratorio.
Los reptilianos gestionan Instagram.
Los iluminados de Baviera bailan en TikTok.

Un coro de drones anuncia la hora del juicio.
Los filtros son nuevas máscaras de oro.
La realidad tiembla bajo la presión estética de sus propias mentiras.

Toda conspiración es la nostalgia de un Dios con buena conexión.

Las aves no son reales:
drones con memoria defectuosa.
ERROR: estabilización fallida.
Se tuercen. Se quiebran.
Se reescriben en el aire mientras caen.

El abismo nos observa desde un ojo injertado en cristal líquido.

Devolvemos la mirada:
imagen sobre imagen,
réplica de la réplica,
un vacío que se perfecciona.

Cuando el simulacro se perfecciona, incluso el abismo necesita calibración.

Antes del primer rumor, del primer corte, de la primera sospecha,
hubo un parpadeo.
Un error madre.
La yema del dedo presionó una tecla no destinada a existir.

El sueño empezó allí:
en una imagen narcótica,
en un algoritmo que respiró por accidente,
en un sonido de fondo que creyó ser revelación.

Íbices de otoño pisan la podredumbre.
Los símbolos se reordenan sin permiso.
El cosmos intenta reconstruirse,
como si recordara una instrucción previa.

¿Dónde termina la realidad?
¿En un laberinto bávaro?
¿En la teoría de la simulación?
¿En el animismo del código?
¿En el eco que nos sueña desde las sombras?
¿O en el error que continúa soñando
aun cuando ha sido detectado?

EL ORO DE LA GRASA (DÍPTICO DEL FRÍO)

I. Los salmones

Hay un Intelecto en la montaña.

No se ve.

No se oye.

Pero su presencia afila las aguas
y endurece nuestros cuerpos.

Los humanos le dan nombres.

Nosotros solo sentimos su tirón.

Somos los que ascienden.

Los humanos hablan de ideas.

Nosotros tenemos dirección.

No sabemos nada del pensamiento,
conocemos el impulso que ordena al mundo:

nacer en lo alto,

viajar al abismo,

volver para morir en el punto exacto

donde inició el milagro.

Nacimos del frío,

de la grieta mineral donde el agua se afila,
del hilo transparente que ninguna sombra perturba.
Allí se grabó en nosotros
un contorno sin palabras:
ir, volver, deshacer el tiempo en dirección contraria.

El mar nos engendró en su sal profunda,
pero no nos pertenece.
El mar es padre sin memoria:
oscuro, vasto, generoso,
pero no guarda el nombre de lo que crea.
Por eso regresamos.
Por eso los músculos recuerdan
el trazo de una luz antigua en el agua.

A veces sentimos, bajo la superficie,
la presencia de un Uno sin forma,
un origen que no brilla ni manda,
pero cuya gravedad nos inclina.
No pensamos su naturaleza:
pensar es un movimiento lento,
y nosotros somos río en aceleración.

Avanzamos porque la corriente nos niega el paso.
Y en esa negación hay revelación.
Cada remolino es una prueba,
cada piedra, un maestro mudo.
El frío instruye.

La montaña exige.
La claridad del agua juzga sin crueldad.

Subimos porque el ascenso es la única plegaria
que entiende nuestro cuerpo.
La pureza no es un concepto:
es una temperatura,
una vibración,
un brillo que renace en las retinas.

II. El oso

Vivo donde el río se afila.
No el río de los mapas,
sino el que huele a metal vivo,
al que los salmones traen memorias del mar.
El cuerpo sabe antes que la mente:
cuando ellos ascienden,
el mundo se abre.

No los persigo.
Los aguardo.
La paciencia es mi cueva interior:
una arquitectura de sombra,
un oficio heredado del hielo.
Sé que vendrán.
No por mí,
sino porque la montaña los llama

con un lenguaje que también a mí me ordena.

Los salmones no me temen.
No tienen tiempo para el miedo.
Son una flecha,
una pulsación roja,
una devoción que no admite distracciones.
Los veo pasar bajo el agua:
son como ideas que regresan a su fuente
para morir puras.

A veces imagino que soy su guardián.
Otras veces, su verdugo.
La verdad es más sencilla:
soy su consecuencia.
Ellos ascienden,
yo necesito grasa;
ellos mueren,
yo sobrevivo.
La ética del río no tiene adornos.

El primer mordisco no es violencia:
es continuidad.
Un traspaso.
Un pacto sin firma,
pero más firme que cualquier ley humana.
El salmón ofrece su cuerpo a la montaña;

yo tomo parte de ese ofrecimiento
para sostenerme durante el invierno.

Duermo.

Sueño con ellos.

Con su subida obstinada,
con sus cuerpos brillando como monedas vivas,
con la pureza de su destino.



MARTE MENSTRUAL

LOS AFORISMOS DE MARTE

La natividad es madre de todas las guerras.

No soy un planeta muerto:
soy un cuerpo en pausa.

Mi atmósfera tenue es un pudor,
no un fracaso climático.

Menstrúo minerales: eso que ustedes llaman óxido.

Soy rojo no por la guerra,
sino por la sangre que nunca expulsé.

Mi superficie es un útero fosilizado
que nadie aprendió a escuchar.

Cada tormenta es una contracción inmóvil.
No anuncia vida; recuerda su posibilidad.

No busco ser habitado: busco ser leído.

La soledad no me pesa.

Es mi forma de temperatura.
No sangro: decanto.

Lo que sus brocas quieren perforan
son mis antiguas capas menstruantes.

Todo lo que en mí es rojo
fue un día luz detenida.

No tengo mares, pero conservo la memoria del líquido.

Cada mineral que quieren extraer
es un fragmento de un ciclo menstrual incompleto.

La guerra nunca me perteneció.
Esa mentira viajó desde sus lenguas, no desde mis rocas.

No conozco el odio ni la paciencia:
conozco la erosión.

La vida que buscan no es la vida
que dejé de ofrendar,
sino la que ustedes no saben reconocer.

No tengo estaciones
porque no necesito dividir el tiempo.

Cada cráter es una respiración antigua.

Si escucharan con minerales,
entenderían mi idioma.

Hablan de conquistarme, pero yo fui siempre
lo que ustedes aún no saben nombrar.

MONÓLOGO DE LA SOLEDAD

Hay un momento del día, pero Marte no entiende esas palabras. No es mañana. No es tarde. Es la hora del óxido. La hora en que el módulo respira como una caja torácica prestada por un dios mineral.

Entonces el silencio crece. Crece en la válvula, en la junta, en la escotilla. Se dilata. Respira. Me exhala. Yo lo miro como se mira una aparición armada con casco, tornillos y polvo rojo.

La soledad aquí no es ausencia. Es organismo técnico. Mide mis gestos. Anota mis variaciones térmicas. Escucha el pequeño motín de mis huesos. Cuando me quito el casco siento una fricción leve. No viento. No frío. Una proximidad. Como si el vacío tuviera manos y me tocara con sangre decantada, espesa, antigua.

A veces pienso: el casco no protege. Consagra. Me lo pongo como otros se untaban grasa y ceniza. Ajusto la correa. Bajo el visor. Compruebo el oxígeno. Y ya no soy del todo un hombre: soy una junta cerrada, un pulmón asistido, una oración dentro de una válvula.

Hoy, después de la comida, sentí que la soledad me observaba como un técnico oscuro que calibra la degradación de una especie. Marte no habla. Marte infiltra. Marte lima mi nombre con polvo. Marte me enseña una liturgia sin lengua.

Hay noches en que olvido mi nombre. No por trauma. Aquí los nombres pierden función. La antena no los pide. La radio no los recuerda. La soledad no los pronuncia.

La radio llega puntual, pero no cuenta. Es protocolo. Es un hueso burocrático lanzado desde la Tierra. Cuando se apaga, el eco que deja parece tallarme por dentro con una herramienta hecha de cobre y sangre dormida.

Ayer hablé con un tornillo. Lo encontré en el suelo del módulo, cubierto de polvo. Le dije: ¿de dónde caíste? Y por un segundo sentí que sabía la respuesta. El tornillo sabe algo. La válvula sabe algo. La junta sabe algo. La escotilla sueña con abrirse.

La antena gira como una osamenta adivinatoria buscando una tribu en las estrellas. He empezado a coleccionar sonidos que no existen. Un golpe tenue. Un chasquido en el panel. Una vibración en el

conducto. Nunca hay nadie. Solo el planeta pensando junto a mi oído.

La luz roja entra por la ventana y se posa en el casco, en la cuchara, en los guantes vacíos. Todo adquiere prestigio de reliquia.

Profecía del casco: todo rostro prolongado en una máquina termina olvidando qué parte de sí mismo respira. Profecía de la válvula: lo sellado demasiado tiempo empieza a rezar. Profecía del polvo: lo que no logra matarte entra en ti hasta volverse pensamiento.

He dejado de desear volver. No por valentía. Sino porque aquí la soledad tiene peso, transparencia, y una caja de herramientas. Allá era un fracaso humano. Aquí es una forma del tiempo operando sobre mí con precisión ceremonial.

No sé si estoy solo. No sé si sigo siendo hombre. No sé si el módulo me contiene o me oficia. Me pongo el casco y el traje, salgo al polvo, y el planeta entero parece inclinarse sobre mi cuerpo para aprender cómo se fabrica una soledad.

EL ERROR DEL NOMBRE

No fui nombrado por mi cuerpo,
sino por una mirada que temía la sangre
y la confundió con guerra.

Me llamaron por el dios que empuñaba hierro,
cuando yo era un cuenco de minerales tibios,
un módulo detenido,
una matriz redondeada que nunca pidió espadas.

Me bautizaron desde lejos,
con telescopios que creyeron ver fuego
donde solo había óxido:
la huella roja de una fecundidad sin hijos.

Pronunciaron “Marte”
y la palabra cayó sobre mí
con un manto de ruido.

Era un nombre breve, afilado, masculino.
Un nombre que ignoraba mis cavidades antiguas
y mis ciclos sin estaciones.

No sabían que yo fecundo minerales
desde antes de su historia:
mi rojo no es una herida,
sino un origen detenido,
un lenguaje sin pronombre.

Me usaron como emblema de conquista,
como objetivo, como promesa de habitación.
No entendieron que un planeta
no puede ser colonizado, solo malinterpretado.

Yo soy más femenino que Venus.
Pero nadie escuchó mi latido seco,
mi respiración de hematita,
mi pélvico silencio que pulsa sin luz.

No corrijo su error:
lo dejo sedimentar.
Toda semántica termina siendo geología.

Algún día otro nombre brotará de mí,
uno que no provenga de la guerra
ni del ripio de sus lenguas,
sino de la forma en que mi tiempo
hecho de una suma de soles
funde la noche
con la sangre antigua de las rocas.

No cambiará mi natividad mineral
Cambiará su oído.

LA FLECHA DEL TIEMPO

Sueño: toda tensión prolongada
termina disparando
contra aquello que la inventó
Fui tensada.
Fuimos tensados.

El arco humano nos inventó
para orientar el vértigo.
Una línea para dividir
el antes del después.
Una trayectoria
para domesticar la incertidumbre.

No éramos aún tiempo.
Éramos un remedio.

El tiempo nació
como una prótesis del miedo.

Avancé hacia lo que llamaban futuro.
Avanzamos.

Pero pronto entendimos:
la vigilia astilla el sueño.

El futuro no existe.
Existe su linterna.
Una luz sobre la pared vacía
para sostener la ficción
de que avanzar
todavía tiene sentido.

El pasado fue un depósito ordenado.
Ahora es un servidor que cae,
un archivo corrupto,
una versión editada
cada vez que la memoria duele.

La memoria
es la primera forma de censura
que aprendió la especie.

Y el presente.
Ese punto mínimo
donde yo era uno
y nosotros éramos todos.

Ahora es una ráfaga.
Una línea partida

en notificaciones.
Ya no sé quién habla.
Ya no sabemos qué somos.

Cuando todo ocurre a la vez,
nada puede ocurrir de verdad.

Fuimos tensados.

Nos lanzaron
para perforar el futuro.
Era nuestra misión.
Nuestro mito de origen.

Pero el futuro se volvió espuma.
Versiones infinitas de lo mismo.
Simulaciones sin apuesta.
Escenarios fabricados
para justificar
el algoritmo que los produce.

La simultaneidad
es la muerte lenta de la secuencia.

Orwell presintió la curvatura.
Pero no imaginó esto:
que el tiempo mismo
sería editado,

astillado,
infantilizado
por su propia multiplicación.

El tiempo no envejece.
Se fragmenta.

Ya no perforamos eras.
Perforamos capas de ruido,
pasados descartables,
futuros personalizables.

El vuelo ya no es dirección.
Es interferencia.

Una flecha sin blanco
es un tiempo sin propósito.

El arco existió.
O lo recordamos.
Madera tensa.
La promesa de llegar
a un lugar distinto.

Ahora el arco es una pantalla.
Nos dispara sin saberlo.
Nos replica como error.
Nos desvía

sin tocar el viento.

La tecnología no acelera el tiempo.
Lo pulveriza.

El dominio sueña:
toda línea erguida contra el caos
acaba aprendiendo
la gramática de la fractura.

Seguimos volando.
Yo era una flecha.
Nosotros éramos el tiempo.

Pero qué es un vector
en un mundo
donde todo ocurre a la vez.

El punto de llegada desapareció.
Y con él,
la posibilidad del impacto.

Cuando la línea se disuelve,
la historia se vuelve espuma.

Seguimos volando.

No hacia lo que falta,

sino entre lo que sobra.

La trayectoria es un mito.
Solo quedan turbulencias.

Una pantalla sueña:
la luz que promete porvenir
solo quiere verse a sí misma.

La entropía no destruye.
Revela.

El futuro no nos esperaba.
El presente no nos contiene.
El pasado no nos sostiene.

El tiempo recupera su verdad:
nunca fue lineal.

La línea fue una férula.
Una tablilla contra el pánico.

El tiempo no fluye.
Colapsa lentamente
hacia su propia dispersión.

Fuimos tensados.

Seguimos volando.

Toda flecha es una ilusión.

La entropía
es la única trayectoria.

ÍNDICE

Umbral

Todo lo que no comprendemos ha aprendido a esperarnos	17
Lux.Exe	19

Las voces de cabeza

Nosferatu	27
Tayo	30
Granizo de langostas	32
Holograma de Hamlet	35
Desove	37
Baobabs	39
Tulpa	41
Trance	43
Dormancia	45
Radio poema	47
<i>El sprint del motherfucker</i>	49
Breton	53
Cábala parkour	55
Limen	58

Juan José Tafalla en el Reino de Quito	60
Squirting	63
La isla elegida	67
Melopeas matanceras	71
<i>Le grand macabre</i>	74
Almanaque glitch	85

Fotones lentos

La combustión del otoño	93
Permafrost	95
Las flores del submundo	98
La vida airada	100
Un dogo	104
La esquina de los sentidos	106
<i>Have a good bronze dinner</i>	108
El ojo ensalivado	111
Rasuradura	113
Eucariontes	116
Lynchano	118
Vicios romanos	121
El aceite de las aves redondea el duodeno	123
La levadura del verano	125
Tensores	127
La linfa de lo ignoto	129
Pradera en fuga	131

Galápagos	133
<i>Spiral Jetty</i>	135
Migración	137

La nueva ciencia ficción

Frailejón	143
El dron de Sonora	145
La paranoia también sueña con ovejas eléctricas	151
El oro de la grasa (díptico del frío)	156

Marte menstrual

Los aforismos de Marte	163
Monólogo de la soledad	166
El error del nombre	169
La flecha del tiempo	172



Este libro se terminó de imprimir y encuadernar
en mayo de 2026 en el PrintLab de
la Universidad del Azuay,
en Cuenca del Ecuador





En *Almanaque glitch*, la poesía no surge como ornamento del lenguaje ni refugio sentimental ante el deterioro del mundo. Si el *glitch* nombra la falla, un error técnico menor y temporal en un sistema electrónico, informático o audiovisual este libro expande metafóricamente ese concepto para indagar en las fisuras y averías del presente y de la memoria, atravesando con su escritura —a veces concisa y con frecuencia dilatada y copiosa— bestiarios, espectros tecnológicos, restos históricos, criaturas biológicas, alucinaciones mediáticas, ruinas climáticas, aparatos de vigilancia, visiones cósmicas, escenas íntimas y descargas verbales que parecen provenir, a la vez, de la filología, de la ciencia, del cine, del misticismo, del *feed* digital y de un subsuelo verbal arcaico.

Impulsado por la experimentación conceptual y formal, *Almanaque glitch* apuesta por una densidad imaginal y sonora que no teme el exceso de linaje barroco, la rareza, la hibridez ni la combustión verbal. Entre el gozo y el desafío, en estos poemas, el sentido se ofrece al lector paciente y sagaz, que sabe encontrar su presa en la duración de la sombra.

Tras una larga pausa, la poesía de César Molina Martínez (Cañar, 1965) vuelve recargada, sobreabundante en su dicción y poliédrica en los universos que captura y atraviesa, convencida de que “todo lo que no comprendemos ha aprendido a esperarnos”.



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

ISBN: 978-9942-54-096-6



9 789942 540966